

CUENCA «LA GRANDE» por Luis Manuel Moll Juan, con poemas de Aurora Gómez Blázquez



Cuenca y su catedral

Cuenca «la grande», que nunca tuvo un caballero porque los tuvo a cientos. Una ciudad que es un pasodoble, la mires, por donde la mires.

Dice Aurora Gómez, poetisa, que aunque sus raíces están en Munera, dentro de la comarca albaceteña, ella, en parte se siente conquense. El Huecar y el Jucar corren por sus venas de prosa, de versos y de alegrías... en sus hablares, me dice que en Cuenca hay juncos atrapados,

verdes hieráticos, nacidos para el hombre. Hay nardos en las calles, romero por el suelo, rincones donde se abren las puertas y ventanas, rincones atrapados por la retina de las personas donde callan los tiempos.

Por esta ciudad pasaron personajes como Muhammad ben Abd Allah ibn Saïd Mardanís, llamado el "Rey Lobo", Ben Lope que se proclamó rey de Cuenca, Averroes, Sahib al-Sará, Alfonso VIII, El señor de Villena Don Juan Manuel, Alonso de Ojeda, Andrés Hurtado de Mendoza, Antonio Enríquez Gómez, Federico Muelas, y un largo etc. De personajes que han hecho, aún más rica a esta Cuenca.



Monumento a
Alfonso VIII,
conquistador de

Cuenca

La historia de Cuenca a pesar de las escaramuzas entre romanos e celtas olcades, no comienza a vislumbrar hasta la llegada de los árabes con la fundación de la ciudad de Qünca. La dinastía bereber de Banu Di-L-Nun, descubrió la importancia que tenía este lugar protegido por la fuerte naturaleza de las hoces del Júcar y del Huete, para hacer de la ciudad uno de sus bastiones defensivos ante las luchas que tenían continuamente contra los Omeyas.

Alfonso VIII, llega a las murallas de esta ciudad y después de un largo asedio, sus huestes disfrazadas de cordero (según la leyenda) y guiadas por el lugareño y pastor Martín Alhaja, entraron tras las murallas árabes de la ciudad y la conquistaron.

Cuenca, participó activamente en el apoyo a la causa de los Trastámara, tomando parte importante en la proclamación del rey castellano Enrique II.

Ya en el 1529, se instaló la primera imprenta en esta ciudad, siendo su primer libro publicado Principios de l Gramática en Romance de Luis Pastrana, capellán de la ciudad.

Durante la guerra de la Sucesión, Cuenca tomó partido por el rey Felipe V.

En la guerra de la Independencia, los franceses estuvieron en esta ciudad, saqueándola en varias ocasiones a pesar de la férrea resistencia por parte de los conquenses, y quemando como siempre todo lo que había de valor monumental.

El 13 de juio de 1874, fue otra vez asediada, pero en esta ocasión por las tropas Carlistas, en la llamada Tercera Guerra Carlista. Esta batalla se saldó con un número muy importante de muertos. Hasta tal punto que en 1876, recién acabada la guerra, se propuso la construcción de un Mausoleo de memoria a las víctimas de tan atroz batalla.



Vista de Cuenca. Los rascacielos, en la Hoz del Hucar

En 1902, se derrumbó el campanario de la catedral conocido como Torre del Giraldo, matando a 6 personas. Tras este hecho, se tuvo que proceder a demoler la fachada barroca y sustituirla por una neogótica, obra del arquitecto Vicente Lamperez, que es la que podemos contemplar hoy en día.

Durante la guerra civil estuvo en el lado de los republicanos, teniendo poca incidencia en este periodo de guerra.



La Hoz del Júcar

En diciembre de 1996, Cuenca y sus hoces fueron declaradas Patrimonio de la Humanidad por la Unesco

En los andares por las empedradas calles de esta ciudad, que parece más pueblo que villa, por lo coqueta, por sus gentes por su historia, nos van hablando de sus caminantes, de sus santos, de sitios pintorescos donde hay grabadas más de una vida y donde a veces, en la tranquila noche de la ciudad vieja, nos aparecen sombras de ayer, ciertos rasgos que nos

inducen a que somos vigilados por viejos pensamientos del pasado. Lo que llamaríamos fantasmas.



Ayuntamiento de Cuenca

El viajero que llegue a estar en esta tierra, no puede tener prisa. Sus monumentos están ahí, quietos a la espera de ese “flas” que bien o mal disparado, deja un recuerdo de historia en la vida del fotógrafo que vio el objetivo a través de su cámara.

Cuenca es viajera, no solo del tiempo, si no también de nuestra era. Un tren recorre tranquilo sus cuevas y uno desde sus ventanas puede descubrir bóvedas y

rincones insospechados y te sientes conquistador en una ciudad que la que conquista es ella.



Calle Alfonso VIII

Cuenca, no tiene puntualidad, a ella le sobra. Podemos ir despacio a cualquier parte, sus piedras siempre aguardan, no hace falta quedar a una hora fija, ella está ahí, tiene su espera; es en otoño lo que en primavera: toda una belleza. La calle de San Juan, la Bajada de Santa Catalina, nos hacen soñar con el caballero que un día bajo la luz de un tenue farolillo, cruzó por sus calles para encontrarse tras una enrejada balconada con su amada.

Después podemos ir hacia ver los restos de la antigua alcazaba árabe y pararnos a contemplar como la hoz del Huecar le da un abrazo de enamorado a la vieja ciudad.



Vidrieras de la catedral

En Conca, como la llamaban los árabes, se consigue descubrir el corazón de la ciudad al ver la fachada de su alegre catedral, que se mantiene en pie, pese a las grandes vicisitudes que la historia le ha dejado, algunas marcadas en sus centenarias piedras. Y volvemos por sus calles adoquinadas que engalanan los pies de su gente brava, ciudad amada.

Escalones interminables que nos llevan imaginar que estamos cerca de una morada de brujas encantadoras, en donde la noche pasea un aire entre sus callejuelas rincones y plazas, repleto de magia.



Casas Colgadas

Hace ya algunos años, a principios del siglo pasado, Pedro Rápide hizo un canto, digamos... poético a Cuenca con la frase de “es única” hasta Unamuno, en su paso por la ciudad, dejó su pronta literaria en esta tierra de las dos hoces, posiblemente serán las más bellas de España.

“¡Esto sí que es mirar para Cuenca!”



Morteruelo del Buen Lagar



Su Gastronomía, nos recuerda a los platos de esos pastores que caminaban con sus rebaños por las serranías conquenses: los zarajos, guisos a base de carne de venado o jabalí, ajoarriero, gazpachos galianos, migas y sin olvidar el morteruelo, plato que de manera exquisita podríamos

**degustar en el restaurante “El Buen Lagar”
sito en la llamada plaza de la “U”**

Poemas sobre Cuenca

**Aurora Gómez Blázquez de su libro «En las verdes
colinas habita la luna.**



La Autora de estos poemas
bajo las Casas Colgadas

ENTRE HOCES.-

Tiempo de la espera, setenta kilómetros

en piedra de mineral, se va la sombra
de un árbol caído, pisado por sus hojas
evanescentes, fresco mes de abril

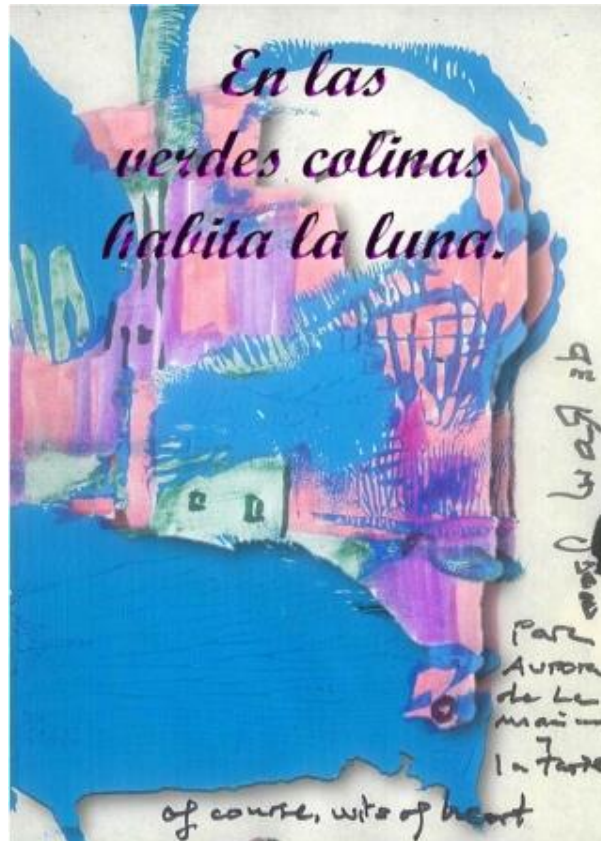
la ráfaga perdida iel agua se evapora i
raíces de tierra que acarician mi rostro
en balanceo al sol extremo,
con alas al sol se desplaza,
en lluvia de raíz
y desde el pequeño océano se
acerca,
tiempo dormido,
armadura en silencio de quijote
en el molino venturoso.

Como naufrago de río
aplaca las aguas dulces,
añoro la madrugada en rama de

hoja perenne,
mientras se van las golondrinas al
tejado,
queda el árbol crecido
ensimismado, es la creciente espera.

Deja atrás su rumbo pequeño océano,
se acerca y acaricia mi rostro
en balanceo al sol extremo añoro la
madrugada!

Cuenca la piedra habla,
glaciación donde entierro raíces,
es el viajero de velas encendidas,
vive en una caverna,
diamante río donde la belleza brilla
se acerca la luna redonda



Portada del libro En las verdes colinas habita la Luna

PUERTA DE SAN JUAN.-

Embarcadero de la puerta de San Juan,

hay casas colgadas

muestra el oleaje,

en movimiento el agua

balanza despacio una pequeña barca

palabras sin escribir en paisaje ignoto,
paz en la niebla
lejanía en rostro de sol
sobre monte serranía
hojas de hoces en el umbral desierto,
viajera de pinos en la casa del Júcar
silueta de estrella desde el cielo
el cuerpo hoja deshojada
en la noche la montaña se alza
eleva su poder
la luz se alarga por la calle
camina al norte la madrugada,
pinos náufragos en balsa pendiente
viento de cristal, arde a lo lejos
de puro azul, vaguada de sueños
ancestrales

**entre pinares los colores se desvanecen
ondulan figuras disueltas
al agua de humo
cada barco iza las velas
entre espuma y vapor
puerta de San Juan
ha parado el tiempo hacia el exilio
interior**



El río Huecar

PASEANTE DE LA HOZ.-

**Siempre nos queda Cuenca
desde la lejanía, desde el monte Benarés
más de mil trescientos años
se pasea por el mundo
hacia una ruta misteriosa
en tormenta de nieve
entre bandoleros
aldeas en orografía remota
así llega el misterio
-recuerda altiplano
que se eleva en el Tibet-
carretera ancha de comercio
al Parador de San Pablo**

**duró esta ruta hasta final de los
cincuenta
con la llegada de baldosas en pavimento
la ruta del misterio se mantenía oculta
entre pliegues las cumbres de montaña
que la protege y desde aquí parado
se esconde imaginario**



Afluyente del Jucar en Cuenca

EL VIAJE DE RÍO.-

Decoras la muralla romana

recto y ondulante, camino y fuente
de erguida forma
andar pausado
entre agua caída
continua su trayectoria
para hablar al oído al que te admira
entre recto ondulante, arrogante has
nacido

- ¡habrá oído que oiga, ojo que vea!

hoy eres recto camino y fuente
de silueta esbelta, andar pausado
acumula agua caída y precipita
río Júcar espectador en movimiento
entre el Huecar alrededor alargas
tu silueta siempre curvada
vas rodeando a tu ciudad

quiere estar solo en su trasiego
aquí parado reaparece,
hojas de pino en la casa de lago
se han perdido las cartas estrellas con
agüjeros
conchas de mar

-BARRIO DE SAN MARTÍN.-

En la calle Martín D el tintineo se oye
música de arpa hoz del Huécar
rincón danzante en la música
muralla romana de contrafuertes y pilares
noche donde las estrellas fingen su luz
cuerpo y alma, mi sueño son
estrellas con agüjeros
la piedra lírica resuena en la lejanía



Fotos: Luis Manuel Moll